

COMUNICACIONES

La teología política como hermenéutica

Gonzalez, Alejandra (UBA, USAL)

Propongo un ejercicio de lectura para justificar el título de esta ponencia: Si la teología política puede ser considerada como una hermenéutica, ubicaremos un término que requiere, desde nuestra perspectiva, precisamente esa praxis que es interpretar. Tomemos el concepto de secularización. Plantearemos la siguiente hipótesis tentativa: el proceso de secularización moderno no ha encontrado hasta el presente una interpretación que lo lleve hasta sus límites. O de otro modo, y extremo aquí la definición tan equívoca de interpretación, no se ha realizado la crítica en el sentido nietzscheano. Mientras para Kant someter la razón a una crítica significa plantear sus límites y alcances, para Nietzsche la crítica verdaderamente significa disolver el objeto que se analiza. Es decir, pensar los conceptos límites de la representación que la conciencia se hace de ese objeto y con él de sí misma. Si lo que se creía verdadero no es más que una construcción que se hace coincidir mediante un forzamiento de lo real para que se ajuste al esquema representativo, entonces la conciencia no se puede saber a sí misma y sólo se la puede explicar desde fuera de ella. Se rompe el monismo y la unicidad entre conciencia y mundo. Así surgen nuevas metáforas para la conciencia, ahora es disfraz, autoengaño, velo, ideología, ilusión... Y lo que se plantea más bien es que ella es el efecto de sus determinaciones y no la causa de su ser. El proceso de secularización, que pretendería separar lo religioso de lo científico y hacer incluso de la política una ciencia, tiene que pensar aún la frontera que se va construyendo en el seno de la misma conciencia entre el mito y la racionalidad por una fuerza que la escinde estructuralmente y que no es el producto de la voluntad de saber. La fragmentación del sistema hegeliano como completud imaginaria de ser y saber se va erosionando a través de una serie de momentos: nos centraremos en la crítica de la religión que fue el primer objeto del proceso de secularización.

La teología política ha tomado algo de la deconstrucción marxista de la religión, que no es un cuestionamiento objetivo de los contenidos de la fe religiosa, sino de la función y finalidad política, psíquica y social de la religión y de la iglesia. Marx no se pregunta teóricamente si una doctrina teológica es verdadera o no, sino por qué los hombres creen en ella. Así puede analizar si es opresora o liberadora, alienante o humanizadora. La praxis religiosa o eclesial es elevada a criterio de verdad para dar cuenta no de los resultados de la contemplación de la verdad sino de su función operativa, es decir los efectos de sentido políticos que produce.

Marx plantea una ecuación: la crítica a la religión es a la crítica a la política como la crítica a la teología es a la crítica al derecho. Así solo produciéndose el trabajo de la disolución del velo religioso, puede recuperar el hombre su capacidad de acción transformadora de lo real. Lo que estaría implícito en la religión es la expulsión y aquí Marx todavía no va más allá de Feuerbach, de la potencia humana que queda entonces del lado de la debilidad, para proyectarla del lado de la omnipotencia divina. La imposibilidad de la justicia queda en el orden de las leyes humanas y la justicia infinita es atributo del orden divino. Pero luego de disipada esa religiosidad que es el obstáculo que impide la transformación de lo real, incluso todavía resta hacer una crítica de la teología en tanto fundamento del derecho. Otro modo de decirlo, es que tal vez la tarea

hermenéutica de la teología política hoy sea preguntarse por los potenciales políticos de las metáforas teológicas, esto en palabras de Jakob Taubes, quien se planteaba este programa en oposición al de Carl Schmitt quien pretendía encontrar los potenciales teológicos de los conceptos jurídicos.

I

El proceso de secularización en la óptica kierkegaardiana está vinculado con la disolución del cristianismo histórico. La angustia que acompaña a este proceso por el que el sujeto introduce la duda en el campo de la fe, termina demostrando lo imposible de un sistema que pretende identificar al hombre con Dios, poner a la reconciliación en el centro de la religiosidad y devaluar la propia muerte en una filosofía de la historia transformada en teodicea. Cuando en *Mi punto de vista*, Kierkegaard separa los estadios ético y religioso, opera una redefinición de todos esos planos. Liga a la ética al matrimonio y a la profesión, a las formas burguesas del devenir hegeliano. En cambio la religión será vinculada con el salto cualitativo de Abraham, la repetición de la eternidad, y la salida del tiempo histórico. Es el caballero de la fe, el absurdo y lo inconmensurable, es un Dios que quien sabe si nos ama o nos odia, porque no hay saber sobre él, y por lo tanto sobre nosotros, sino inscripción de la angustia como marca de la emergencia de la subjetividad.

Este planteo se opone a toda teología pensada como ciencia suprema, o a todo sistema de la filosofía donde la finitud humana es reabsorbida en el saber divino. Riesgo de la fe que consiste en asumir la condición humana, a partir de la pregunta ontológica por el ser de Dios. La emergencia del individuo en el momento en que se juega la posibilidad desde la imposibilidad fundamental de capturar a Dios en un saber. Sin embargo, hay concepto, pero porque se da la comunicación. Hay relación con Dios. Un Ante Dios, del que la escritura podría ser testimonio. No de Dios ni del individuo, sino de su relación. La libertad no es, entonces, un juicio sino un vértigo. La reflexión de la libertad en el seno de la posibilidad, surgiendo no del saber sino del salto. Fin de la representación clásica, ya no anticipación sino instante. Acto y no acción. No hay más diferencia sometida al régimen de la representación. El cristianismo es una opción, y se decide por la condición del deseo. Por eso la fe pertenece al orden del acto. Su momento primero es retomar el problema de la lectura, estar a la escucha de Dios. Nadie nace cristiano, sino que se convierte en tal por “la eterna decisión de la interioridad”. Sin prueba alguna, como la relación que une a los amantes: nunca pueden llegar a otra cosa que a creer que el otro lo ama. Solo cabe poner a prueba el amor en el orden de la comunicación. El acto de la fe es escucha. Y la escritura testimonia ese pasaje, que para no remitirse nuevamente a la identidad, se arriesga al salto. Así la secularización es en este caso la separación de una teología transformada en teodicea, en una iglesia vuelta institución del estado. Kierkegaard denuncia el pecado del saber e inaugura una religiosidad atravesada por el temor y el temblor que no concilia nunca el orden inconmensurable de lo divino con la esfera estatal. La teología como ciencia suprema y fundamento del derecho queda reducida al polvo con que la ética burguesa santifica el matrimonio y la profesión.

Los genealogistas buscan un origen donde se hallarían los valores morales primeros más allá de las diferencias que las religiones habrían ido construyendo en la historia. Pero Nietzsche denuncia que allí sólo se encuentra la voluntad de poder del amo que constituye lo que le conviene, lo bueno para sí, que pasa a ser lo bueno en sí para el resto de la comunidad que acepta las imposiciones del más fuerte. Frente a esta

fuerza activa, las fuerzas reactivas, que no pueden generar valores por la debilidad de su voluntad, transforman irónicamente en moralidad su propia derrota. Así la compasión, la piedad, el remordimiento, la humildad aparecen como genuinas concepciones morales, cuando en realidad son el resabio, lo que queda de espíritus derrotados incapaces de imponer su propia visión del mundo. La democracia sólo sería la forma histórica de la decadencia del Estado, mientras que el socialismo radical sólo es despotismo. El hombre como ser político se convirtió en animal gregario. Por eso Zaratustra, el nombre de ese espíritu nuevo, implica el desprecio de la humanidad decadente. La democracia engendra una masa dispuesta a entregarse en manos de los conductores y a someterse a la planificación de Europa entera. La masa se ha atrevido a matar a Dios, sólo para ser otra vez nivelada y dominada por estos nuevos señores de la tierra.

La enorme inversión operada por Nietzsche arrastra consigo también a la cultura y la ciencia moderna. La degeneración del saber descalabra a la cultura en dos vertientes: por una parte en un conocimiento especializado y erudito alejado del placer y la vida (el que desespera a Fausto) y por otra en cultura general y periodística para consumo masivo forjado por los medios de comunicación. La humanidad, que ha adquirido los caracteres mediocres de la burguesía y el sometimiento resentido del proletariado, cree dominar el orden del tiempo y de su sentido. Sólo una aristocracia de corazones ardientes, dionisiacos, valoraría el noble deleite del ocio creador que se plasma en la música y la poesía. Para eso Nietzsche exigiría la superación de la cristianización del mundo o de la mundanización del cristianismo. La muerte de Dios, a quien el hombre moderno ha matado al quitarle el lugar de fundamento, exige al hombre que quiera por sí mismo. Si ningún dios dicta ya sus imperativos, es el propio hombre, Zaratustra, quien no debe subordinarse a deber alguno, y querer lo que es, en una afirmación explícita del ser. La superación del hombre lo despoja de ese puesto incierto entre Dios y los animales, para sostenerse en sí mismo como una pura potencia que se erige sobre el vacío y combate contra la nada. Así retoma la potencia instintiva de Dioniso con la forma luminosa de Apolo para dar vida a la contingencia de la vida en su lucha contra la muerte. Puro juego de azar de la voluntad de poder contra la oscuridad de la muerte y las fuerzas reactivas.

Nietzsche desprecia tanto el sometimiento del presente en función de una vida feliz en el futuro pregonado por el cristianismo, como la mediocridad de un mundo sin dioses que ya no espera nada más que ser alimentado a cambio de su sujeción. La democracia de masas es la reducción de la cualidad individual a la mera cantidad. Un gobierno de mediocres, con una multitud de trabajadores que se ajustan a la obediencia debida habiendo renunciado a pensar, porque ya no conocen el ocio. Solo queda el circo para la multitud embrutecida.

La secularización se produce aquí cuando la teología es reinscripta como fundamento de las fuerzas reactivas, nihilismo activo; ya no solamente la nada de voluntad de la languideciente fuerza del esclavo encarnado en el Jesús idiota que pintó Nietzsche, sino la voluntad de nada presente en el sacerdote cuyo epígono es Pablo de Tarso.

Freud se planteó el problema de la representación cuando consideró que el inconsciente no es un dato psicológico. Se trata más bien del acceso privilegiado por la vía del relato interrumpido de la conciencia a otro discurso. Un voz que irrumpe para poner en juego algo de la indeterminación, de lo que no tiene forma. Materia prima, llamaba a esto Aristóteles, la absoluta indeterminación. Ese elemento pulsional, un concepto límite que permite nominar el borde entre lo psíquico y lo somático, es el modo que asume una comprensión materialista de lo real, o como lo expresa Bataille,

construye una representación de la materia. ¿Cómo salir de la lógica concienialista hegeliana? Por la lógica del deseo que es capaz de leer en las representaciones concientes el trabajo de la represión que separa a ambas, censurando o disfrazando una vez más lo inadmisible.. Pareciera que Freud retorna a ese momento en que Descartes plantea el punto mismo del cógito antes de precipitarse en las representaciones de la ciencia sin sujeto. Ese instante impide toda identificación del sujeto con representación o signo alguno. Lo caracteriza precisamente como cierta falta de identidad, con esa falta que plantea al inconsciente como una posición, y al sujeto como el punto de no identidad del saber consigo mismo. Sin embargo, ya no se puede llegar al saber absoluto sino que debemos retener un momento del idealismo que éste mismo olvidó: algo que no es del orden del ser ni del no ser, la cosa kantiana. Ella no es fundamento, ni lo que está por debajo sino la falta de significante en sí. En todo caso, no se trata de una nueva ontología que desplaza a la conciencia sino más bien de una ética. Por eso las preocupaciones girarán de ahora en más, no en torno al estatuto óntico del sujeto, a su condición de ente primordial, sino a su condicionamiento ético. Así un ser viviente arrojado en un tiempo y un espacio se constituirá en sujeto por la vía de una ley, la de la lengua, la de la cultura que lo arranca para siempre, no sin dolor, del ámbito de la naturaleza. Secularización, entonces que separa lo religioso de lo político. La religión no es más que una ilusión, para Freud, una *weltanschauung*, una concepción del universo, como lo es también la filosofía como sistema, el arte, el socialismo utópico. Mezclas de representaciones imaginarias y conceptos vagos, parten de la hipótesis de un principio superior a partir del que se derivan respuestas para todas las preguntas y normas prácticas para la acción. Abolida la angustia, porque la completud adviene en el campo de lo teórico y lo práctico, la religión alivia, calma, consuela, junto con toda otra articulación conceptual, allí la teología, que pretende tranquilizar las mentes y organizar las conductas. Además, estados e iglesias institucionalizan el pensamiento y la creencia al punto de alcanzar la totalización del sujeto, es decir, su abolición.

II

Si la crítica de la modernidad ha sido llevada a cabo, precisamente como un proceso de secularización es decir, como separación de lo religioso respecto de lo político, la teología no podría ser ya sostenida como soporte del sujeto de la representación. Tal vez haya que ir aún más allá, disolver ese objeto de estudio, dicho nietzscheanamente, abandonarla como sustento de las ilusiones, describirla en su funcionamiento institucional y denunciarla como fundamento del derecho.

En ese sentido, la teología política como hermenéutica implicaría no estatuir una dogmática nueva, sino hacerla consciente de su propia función política. No hay teología apolítica, desde ningún punto de vista, en el sentido semiótico del término. No se trata de la emancipación de la tradición, únicamente, secularización de lo Sagrado, devaluación del sentido originario y orientación a lo posible. Sería necesaria una hermenéutica rigurosa de los modos en que la teología como política condicionó los márgenes de la libertad y la opresión en las manifestaciones dogmáticas y litúrgicas del poder. Y en relación al término secularización, una hermenéutica rigurosa, como la que nos propusimos, develaría tal vez que una vez derrumbado las jerarquías ordenadoras de un mundo centrado en Dios y su omnipotencia que destilaba su dominio sobre clases o estamentos perfectamente orgánicos y en una naturaleza ordenada, el caos ha irrumpido en la estructura política. El principio del equilibrio no basta para organizar racionalmente las fuerzas, y el mito ha adquirido la forma de la sangre, la tierra, la

raza... El moderno proceso de secularización creyó que con la muerte del Dios de la filosofía, esa potencia oscura se llevaba también tras de sí, el mal, la injusticia, el lastre de la superstición y el atraso. No reparó que en el corazón del hombre burgués se abría nuevamente la escisión que permitía bajo modos más sutiles o al menos más imperceptibles, renovados modos de autoengaño. ¿por qué el marxismo no sería una ideología, el psicoanálisis no devendría a un psicología del yo autoafirmado, la escritura kierkegaardiana una reacción individualista y conservadora y Nietzsche un triste prólogo del nazismo? Si en algo pudiera hoy contribuir una teología política sería en hacer una crítica de los becerros de oro, aunque sean los mercados o los planes de ajuste, que recupere el aspecto profético de la denuncia del presente, contra los imperios y la concentración globalizante, que haga una crítica de la felicidad, como ilusión fetichista del consumo, que no sacrifique las vida de ningún hombre, en función de la justificación del pasado, ni de la glorificación de un futuro. Teología político como una hermenéutica que llegue al fondo de la crítica de toda lógica sacrificial del sujeto deseante, y permita el develamiento de los mecanismos del poder presentes en el activismo, que denuncie los rasgos idolátricos de toda política, y así permita separar la ilusión de la esperanza, la teodicea de la filosofía de la historia, la hegemonía de la verdad de la comprensión de lo imaginario y el estatuto de la creencia, la justificación de lo existente o su abandono radical por el arriesgado acto de devenir sujeto en la vida de la polis.